



Reseña

Gestern, Hélène (2020). *El olor del bosque*. Madrid:

Periférica & Errata Naturae

Edgar Tello García

Recibido: 27/09/2020

Aceptado: 24/11/2020

Violencia, ¿pero qué violencia? En las 777 páginas que componen *El olor del bosque* (2020), de Hélène Gestern, la violencia es una calle de sentido único. Va dirigida siempre contra las mujeres y se representa de múltiples formas, que no suelen ser fácilmente explicables, a no ser que el lector o la lectora ideales ya hayan entrado en ese círculo de comprensión previo que se presupone a la buena hermenéutica. Según algunos eminentes estudiosos de la violencia, Pinker (2016), por ejemplo, la violencia ya no es lo que era: no podemos comparar nuestra época deficitaria con el pasado aberrante. Si bien es cierto que el número de proyecciones violentas por metro cuadrado no es comparable al de épocas pretéritas, plagadas de guerras civiles, mundiales, conquistas y luceros del alba con instrumentos de tortura, también es cierto que la percepción de la violencia es algo individual. ¿Puede cifrarse la violencia en estadísticas o es más fiable preguntar a las mujeres pertenecientes a distintos estratos sociales, actualmente, si se sienten más seguras que antes? Los seres humanos, debido a nuestra finitud, vivimos un breve segmento de tiempo y no tenemos más que una percepción relativa de la agresividad y la violencia que nos rodea. La cuestión es que es esa visión relativa la que nos permite seguir viviendo con seguridad y confort (o no), por muy errónea que sea esta fenomenología.

Por resumirlo de antemano, dentro de la extensa narración histórica de Gestern, compuesta a partir de múltiples retazos y cauces (epístolas, recreaciones, flashbacks, autoficción) podemos encontrar violencia en todos estos espacios: 1) en el duelo de la protagonista, respecto a la muerte por un tumor de su gran

Edgar Tello García ha trabajado tanto en la Universitat Autònoma de Barcelona como en el Institut Pompeu Fabra, ambos sitios en España; actualmente se encuentra trabajando en el INS Consell de Cent (Barcelona, España). Contacto: etello@xtec.cat ID ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6242-3426>

Cómo citar este artículo: Tello García, Edgar (2023). Reseña: Gestern, Hélène (2020). *El olor del bosque*. Madrid: Periférica & Errata Naturae. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 8 (1), 318-326. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2023.8.1.7004>

amante; 2) en el caso de la narradora protagonista y su turbio amor Samuel; 3) el caso de “la Víbora”, en cuanto representante de la violencia académica contra la Historia; 4) en el sujeto de su estudio, Diane, estudiante frustrada de matemáticas, obligada a un matrimonio de conveniencia; 5) en Tamara, estudiante de medicina, torturada y violada por la Gestapo.

Trataremos de desarrollar estos cinco casos, advirtiendo que la autora logra crear un extraño sentido de unidad, dentro de una narración que se esfuerza por recobrar el tiempo perdido, que es la sensación percibida en cuanto uno/a se abandona a la lectura reposada de la reconstrucción del diario escrito en clave por Diane, en cuyo descifrado se incardina la mayor parte del relato. El mismo interpretar lo que se deseaba oculto es un acto violento. En cierto sentido, la mayor violencia del relato es la que ejerce la protagonista sobre el diario secreto de Diane; la que ejercemos nosotros sobre la novela, al tratar de reconfigurarla en su rica fragmentación; y la que ejerce Gestern, al tratar de dotar de sentido a un pasado que no lo tiene y a unos personajes que lo perdieron junto a sus vidas. Porque el sentido recuperado nunca es el sentido original, sino una mistificación del mismo.

Además, podríamos advertir que la violencia descrita contra las mujeres, que pudiera pasar algo desapercibida en una narración tan extensa, en la que deben consignarse tantos sucesos, ocurridos en el siglo que va desde los tiempos de la Gran Guerra hasta nuestros días, funciona por acumulación. Al solaparse tantos tipos distintos de violencia, desde los más sutiles a los más escabrosos, los lectores y las lectoras no pueden rechazar el hecho de que el daño y el sometimiento infligido a la mujer ha sido un acto sistémico y sistemático, en el que cualquier forma de justicia irá encaminada únicamente a pulir los márgenes de un ancho camino completamente devastado por la injusticia.

Samuel y el duelo

La narradora comenta constantemente que ha tenido dificultades para reemprender su trabajo en el Centro de Documentación Fotográfico, para escribir o continuar con sus estudios. Su amante fallecido es el reducto de confianza al

que se entrega cuando encuentra algún peligro. A lo largo del texto descubrimos que murió de un tumor cerebral inoperable que llevó al límite la relación entre la pareja, hasta que su hijo los separa, con el fin de traer al padre de vuelta a los brazos de la familia y de la madre:

Te quedaste allí once meses, apagándote, abandonando día tras día lo que te unía a la vida, con la puerta cerrada por tu exmujer, que permitía con cuentagotas las visitas de tus amigos, antes de decretar por ti, aunque tú habías perdido el uso de la palabra, que ya no querías ver a nadie. (Gestern, 2020, p. 580).

La sororidad es un concepto que brilla por su ausencia a lo largo de la novela, excepto en el momento crucial de la cesión de la casa de Alix Marie, al inicio del relato, espacio al que se mudará la investigadora y en el que comenzará su cercana relación con los fantasmas del pasado (Gestern, 2020, p. 27). La narradora confirma que las últimas palabras de su amante fueron pronunciadas con lucidez, para advertirla de que “ya no quería verla más”, aunque también es verdad que este comentario era fruto del dolor de la enfermedad y de los cuidados agotadores a los que su amante se veía sometida constantemente, con la ayuda de Liliane, a la que confiesa que “ya no era capa de ocuparme de ti” (Gestern, 2020, p. 580).

Las circunstancias del amor son, además de oscuras, bastante turbias, tal y como suele suceder con el amante actual de la narradora, Samuel. La narradora se representa como la usurpadora del amor natural, como la amante bruja que, en cierto sentido, es digna de castigo. Y lo que incomoda a los lectores y lectoras es que parece aceptarlo sin quejas excesivas por su parte, más allá de las incomprensiones que sirven para que la narración se acerque a sus desenlaces. Además, la mujer aparece en el papel de cuidadora, en un papel que nunca es reconocido, ni agradecido, como si fuese la tarea por defecto que debiera desempeñar, pero que, obviamente, la incapacita para realizar su vida y hacer fructificar sus expectativas. Como un movimiento de rebote, al fin, esta violencia suave acaba ejerciéndose contra la propia memoria de la narradora:

¿Será por tu ausencia, ya que no estás en ningún lugar, y porque ignoro incluso el paradero de tu inexistencia, por lo que intento sin descanso reconstruir la historia de otra persona, como si me perteneciese [...] haciendo algo que nunca puede

hacerse sin riesgos, es decir, usar la memoria como un arma contra la ineluctabilidad de la muerte, queriendo creer que después se me dispensará de pagar el precio? (Gestern, 2020, p. 181)

Dentro de todas estas formas de violencia destaca el vacío final al que se somete a la protagonista y amante, en los momentos finales: “nadie, entre quienes lo sabían, se había atrevido a decírmelo” (636). Ella es la bruja, la suplente que trata de arrebatar la herencia legítima a su familia. Es el nuevo amor de la protagonista-narradora. Todavía no se han declarado abiertamente sus sentimientos: ambos permanecen en un estado de duelo, tras las muertes de sus parejas anteriores.

En el caso de Samuel, abogado adicto al trabajo, la circunstancia es todavía más turbia, pues su mujer murió ahogada y él fue acusado del suceso. La comprensión de Samuel, de nuevo, es algo violenta, por parte de la narradora, al dotar de sentido a un personaje si no despreciable, directamente inverosímil. La narradora nos indica con su gesto que la vida ejerce su propia presión sobre nosotras, obligándonos a tomar una postura y a leer a los demás, incluso a su pesar, incluso aunque esa lectura sea contraria a nuestra propia existencia. A lo largo de todo el texto, el comportamiento de Samuel es el de una persona celosa, e incluso agresiva. No permite que su pareja se comunique con otros personajes, como el vicecónsul, que parece ser su amigo de toda la vida y se muestra huraño y esquivo, a modo de castigo contra ella, en cuanto percibe que ella tiene un mundo más allá del que él le presenta. A pesar de que Violeta, la hermana de Samuel, le dice que todo se debe a malentendidos, su presencia más parece el caso de la encubridora que el de una amiga que pretenda advertir sobre los riesgos de un comportamiento peligroso. No está de más advertir que la narradora conoce el diagnóstico (“otro cuerpo tomaba el lugar del tuyo en mí, y todo para llegar a una nueva ausencia, casi peor que la precedente [...] que me destruía día tras día por su imprevisibilidad”; Gestern, 582) y la cura (“conocer a mi madre un poco más; eso me habría evitado confundir el amor y el consuelo, y esperar de un hombre la solicitud que no era capaz de tener ni por sí mismo”; *ibidem*).

Frente a este tipo de relaciones esquinadas, la narradora anhela el amor platónico que investiga en las cartas históricas de Diane y el poeta Massis, junto con el

tercer correspondiente, el soldado Willecot. Hacer presente lo desconcertante de estas relaciones, con las dudas y extravíos constantes, muchas veces incomprensibles desde la distancia del sofá de casa, y desde la diferencia en la recepción de las misivas, implica una lógica de la contradicción que dibuja un tipo de violencia confusa, ensordecida por los acontecimientos. Las sutilezas de las historias personales y de la Historia son los ensambles en los que acaban por amagarse las grandes humillaciones que, con ironía trágica, ni la protagonista, ni nosotros/as si las viviéramos, seríamos capaces de ver. Solo su amiga de toda la vida, Caroline, la advierte: “you should get rid of him”. (Gestern, 2020, p. 555).

La “Víbora” y la *Intelligentsia* académica

Es un caso de competencia encarnizada entre mujeres y universidades, dentro del ámbito académico, en el que la narradora se mueve con soltura. La que recibe el mal nombre, Joyce Bennington, es una académica perteneciente a una acaudalada universidad norteamericana. Su agresividad se presenta en sus métodos contra la narradora; en la fuerza económica de su institución, contra la que mantiene una “guerrilla judicial que tan cara nos había costado” (Gestern, 2020, p. 630). Sus métodos taimados para conseguir nuevos manuscritos la vuelven conocida, y temida, en los ambientes burocráticos, aunque no logra ser respetada por el fruto de sus investigaciones: “su universidad tiene los medios para pujar hasta el infinito, y lo hará” (Gestern, 2020, p. 629). Bennington es el símbolo de la mercantilización del aprendizaje y representa el nivel de doble exigencia al que son sometidas las mujeres en las instituciones de enseñanza, donde no es suficiente con mostrar un dominio sobrado de los conocimientos del área, sino que también se exige una cortesía excesiva y una habilidad de vasallaje investigador que, en el caso de las mujeres, se sitúa en un rasero más elevado. Frente a estas “guerrilleras” de la academia, aparece la anciana y asertiva Françoise Alazarine, modelo de conducta en este mundillo de rencillas y odios soterrados y se presenta como una mujer asertiva, concedora de las turbias motivaciones a las que están sometidas las jóvenes investigadoras y, a la vez, distanciada de esa arena. Su distancia también es debida a su puesto de respetable biógrafa y catedrática, que respira dignidad y reconocimiento (también económico) por todos los costados: algo que no puede decir la

protagonista, constantemente a la caza de la titularidad universitaria, que le da ese prurito de joven promesa de la investigación al comienzo de su otoño vital. Alazarine es la biógrafa del poeta Massis, alrededor del cual orbitan el resto de personajes de la novela, por tanto, es el verdadero referente intelectual, del que no escapan los tintes decadentes o arcaicos de las piezas de museo (¿cuáles son hoy los/as jóvenes referentes si todos/as son adjuntos, auxiliares y becarios?) La violencia académica queda muy bien dibujada de ese modo: la protagonista pertenece al mundo de la noble academia precaria actual. El pasado pertenece a l’Ancien Régime, decadente y digno, al que también pertenece el nuevo capitalismo sin escrúpulos, personificado por Bennington (nombre irónico, donde los haya). La contorsión irónica de dignidad-repercusión-medios económicos frente a precariedad-movilidad-actualidad permite esa confusión de los valores en el presente que tanto bien ha hecho al universo y lenguaje neoliberales. No hace falta moverse en el universo de las revistas indexadas para observar el personal grito hacia Roma de Gestern.

Existe, además, una relación entre la consideración del pasado que tiene Bennington y la que tiene Samuel: ambos tratan de sacar algún tipo de rédito de este, ya sea el éxito académico, como algún aprendizaje, superación, o terapia por medio del olvido: “a mí, lo que me interesa es lo que viene después de nosotros, no lo que precede [...] Hasta entonces, Samuel se había comportado como si fuésemos seres sin historia” (Gestern, 2020, p. 622). Esta ceguera voluntaria hacia el pasado se sitúa en un plano paralelo respecto a la ceguera económica que trata de obtener éxito editorial de los vericuetos de la Gran Guerra, tras la conmemoración del centenario.

Diane, la joven matemática, de quien la narradora descubre un diario escrito en clave, con alfabeto cirílico y letras griegas desordenadas, es el caso de consecuencias más nefastas. Sometida durante la Primera Guerra Mundial a los dictados de un padre incomprensivo, que opina que las mujeres no deben estudiar, sino someterse a la cocina y los dictados del marido, ni siquiera se le permite elegir al amor de su vida, viéndose obligada a casarse con un hombre zafio, aunque de familia con solera. La descripción de la noche de bodas es uno de los momentos de violencia más destacables de la obra, no tanto por lo que se

muestra en la escena, sino por la firma del sometimiento, y por tanto muerte, de las pasiones de una mujer inteligente que lo tenía todo para haber llegado a lo más alto, con la única fuerza de su mente superior. Esta es la imagen de una violación conyugal:

[Diane] quiso incorporarse en la cama. Pero el vientre le quemó, con un dolor tan violento y vergonzoso que arrastró consigo una náusea. Las imágenes volvían a estallar en su cerebro, sofocantes. El costado le dolía tanto que comprendió que tenía las costillas rotas (539).

Tamara o la violencia clásica

Inspirada en otro caso histórico, es la continuación del caso Diane, desdoblada como en una estudiante de medicina que continúa con el ciclo cósmico de sumisión de las mujeres poderosas, en este caso durante la Segunda Guerra Mundial.

Los hombres de negro la golpearían, una y otra vez, la violarían hasta matarla, y lo sabía. Sin embargo, permanecía inflexible, cometa solitario contra el que el deseo de él rebotaba en vano (Gestern, 2020, p. 600).

Al fin, cabe preguntarse con Karl Jaspers si esta atracción de la violencia no es sino una búsqueda a gritos de justicia que, paradójicamente, se encuentra en la investigación y mostración de todas las injusticias. Nos interrogamos, al cabo, por “si existe la grandeza de la nada, la no-verdad por la obra de las creaciones luciferinas del espíritu. ¿Encarna el mal en la figura de un hechicero? ¿Tiene la mistificación no ya significado histórico por su difusión, sino grandeza en su demoníaca acción desintegradora de la existencia? ¿O es que el puro hechicero, al igual que el diablo, no puede tener otra grandeza que la grandeza de la perversión, esto es, de vivir en aquello en contra de lo cual vive?” (Jaspers 2013: 98).

El olor del bosque es un aroma decorativo de escenarios de cuento, el lugar más apropiado para nuestras lecturas de antes de ir a dormir, pero ello no impide que los cepos abandonados por los cazadores insensibles puedan atrapar a la autora, y, de paso, a nosotras, actualizadas en los hoyos abandonados por el pasado,

donde duermen los viejos lobos de siempre: “notaba que las lágrimas se me helaban en las mejillas y tardé un instante en comprender que aquel extraño gemido que oía salía de mis labios” (Gestern, 2020, p. 266).

Ese es nuestro pasado común, pero ¿cómo encararlo desde el presente? En la forja de las nuevas identidades, los sujetos oprimidos son figuras de estudio académico endogámico, que tienden a ignorarse y competir entre ellos, cuando no son recibidos y citados de manera acrítica. La novela de Gestern plantea diversos cauces de violencia desde la narración en primera persona tangencial a la autoficción, no-ficción y narración pseudo-autobiográfica. El presente planteado por su novela es, pues, el presente del yo, es decir, el presente como una antesala en la que deben digerirse de nuevo los sucesos que ya fueron cifrados por la historiografía, y condenados, o no, por la justicia. Desde las nuevas luces, y las muchas nuevas sombras, de este contexto movido por las dudas y la tecnología.

Que la violencia sucede es una evidencia, y que esta sucede en los márgenes de lo posible, es decir, contra quien puede ejercerse, es algo fuera de toda duda. El debate que escapa a estas líneas es el juicio moral que conlleva el análisis de la violencia y las argumentaciones que apoyan estos deslindes: ¿la violencia no es buena porque si la ejercieran los débiles los poderosos dejarían de ser “los poderosos”? El anarquismo, el terrorismo, el antifascismo, el feminismo y el ecologismo son movimientos que su enemigo común, el capitalismo, tiende a señalar y perseguir comúnmente. La novela de Gestern, ausente de frases brillantes, y de un hilo argumental de fácil digestión destaca por su capacidad para aunar un amplio abanico de violencia en el término arquetípico del bosque: el lugar de los lobos.

Puede que no debiéramos llamar alegremente, fenomenológicamente, “violencia” a nuestras pequeñas aspiraciones y frustraciones cotidianas, fruto de la falta de autorrealización cifrada por Maslow (1973), pero es que incluso este código de autoayuda psicológica ha sido enmarcado dentro de los parámetros masculinos. La falta de resonancia en el entorno laboral, social y personal se enfoca según criterios patriarcales, y de protección conservadora, por lo que sus

advertencias hacia las mujeres, siempre en forma paternalista, acaban en el “no es para tanto”, “me too”, o en el *todos* estamos conectados en esta red de penurias que nos afectan por culpa del sistema capitalista. Romper el mundo, abrirlo y extraer su secreto para compartirlo, es un asunto que no va a resolver ninguno de los seres que poblamos el mundo a día de hoy. Encontrar las originales cartas de Massis, tras emprender los pasos acertados, es el claro del bosque al que solo se accede por pura casualidad, y, de nuevo, individualmente.

El que la protagonista encuentre, al fin, las cartas de Massis al soldado Willecot en la cabaña de la casa de Alix, también es un símbolo de la personal reacción de la protagonista ante la violencia, instigada, de nuevo, por la falta de medios económicos: la reclusión neorural es bucólica, pero en ella tampoco se está a salvo de las trampas de los cazadores, tanto las reales, como las que le llegan en forma de vídeo-llamada desde la universidad, así como en los intrínquilos de su relación telemática con Samuel. Ya explicaba Heráclito (y Heidegger) que a la Naturaleza le gusta esconderse (Sharr 2015: 87). Aunque Heidegger y toda la tradición romántica utilizaran el espacio natural para pensar y ser pensados, Celan sabía que todo ello no era sino a costa de una fuerte protección y asedio del ser: las cabañas no son de este mundo. Para abrirla, y para encontrarla, a su vez, es preciso ejercer algo de violencia. Aunque esa quede para otro espacio ya no deshabitado.

Biografía:

Gestern, Hélène (2020). *El olor del bosque*. Trad. Laura Salas Rodríguez. Madrid: Periférica & Errata Naturae.

Jaspers, Karl (2013). *Los grandes filósofos. Los hombres decisivos: Sócrates, Buda, Confucio, Jesús*. Trad. Pablo Simón. Madrid: Tecnos.

Marslow, Abraham (1973). *El hombre autorrealizado. Hacia una psicología del ser*. Trad. Ramón Ribé. Barcelona: Kairós.

Pinker, Stevem (2016). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Trad. Joan Soler. Barcelona: Paidós.

Sharr, Adam (2015). *La cabaña de Heidegger. Un espacio para pensar*. Trad. Joaquín Rodríguez Feo. Barcelona: Gustavo Gili.